

# **Gibraltar decidió la guerra**

**Prólogo de Ramón Serrano Suñer**



**David Jato Miranda**

# GIBRALTAR DECIDIÓ LA GUERRA

*Autor: David Jato Miranda*

*Prólogo de Ramón Serrano Suñer*

El autor de este libro –*Gibraltar decidió la guerra*- ofrece a los lectores una antítesis bien fundamentada, en oposición a los desahogos panfletarios, infundidos y agresiones verbales, más bien que tesis, del político inglés Sir Samuel Hoare en el suyo, titulado *Embajador ante Franco, en misión especial*, y que, publicado en su lenguaje originario hace ya treinta años, sólo desde unos meses ha visto la luz en edición castellana. La tesis que sostiene Sir Samuel Hoare –luego Vizconde de Templewood al ser ennoblecido por Su Majestad Británica- se pierde al dedicarse a cultivar –con preferencia a toda razón- el agravio, la desconsideración, y la injusticia en ese libro casi enteramente desafecto a la verdad histórica que, con interpretaciones arbitrarias, silencia unas veces y otras deforma; incurriendo además en licencioso desorden al recordar fechas, circunstancias, hechos y actuaciones personales. No es, desde luego, el libro que correspondía escribir –sobre la política exterior de España- a una figura importante como fue la suya.

En las horas más difíciles de la Gran Bretaña, horas de angustiosa incertidumbre y casi derrotada, en los últimos días del mes de mayo de 1940, tras de breve estancia en Lisboa, llegaba a Madrid Sir Samuel Hoare nombrado Embajador en España de Su Majestad Británica, y presentaba credenciales el día 8 de junio en el Palacio de Oriente en un acto que, según he descrito en otro lugar, tenía todo el ambiente de una estampa funeral, mientras una banda militar interpretaba con solemnidad impresionante y casi lúgubre el “Dios salve al Rey”.

Las causas determinantes de su nombramiento no tuvieron una constancia oficial clara, pues era cargo que él no apetecía y en el que no consiguió, pese a sus esfuerzos, alcanzar aquí un triunfo espectacular que se proyectara hacia su país para afianzar, o recuperar, la posición política relevante que allí tuviera antes de la designación de Churchill como Primer Ministro. La idea de su elección para tal Embajada le desconcertó, por lo que pidió parecer a quien había sido su jefe, Neville Chamberlain, quien le desaconsejó la aceptación. Extraño nombramiento ese, pues, ¿qué podría hacer aquí un político de su historia que no pudiera conseguir, con menos incomodidad para todos, un profesional de la diplomacia experimentado y competente?

La verdadera razón de su nombramiento radicaba en consideraciones de política interior; en el interés que Churchill –y su equipo- tuvieron en alejarlo de Inglaterra, según con toda crudeza nos cuenta Sir Alexander Cadogan en sus Diarios.

Entre los dos personajes del Partido Conservador existía notoria rivalidad y cuando cesó Chamberlain en el cargo de Primer Ministro parece ser que alguien –y principalmente el mismo Hoare- pensó que podía ser el sucesor. Él era sin duda una personalidad descolante entre los “tories” que había pertenecido 34 años a la Cámara de los Comunes y formado parte de varios gobiernos como ministro muchas veces: del Interior y del Foreign Office, Primer Lord del Almirantazgo, Lord del Sello Privado en el Gabinete y Secretario de Estado para la India. (Creo que nunca perdonó a Churchill que no le nombraran Virrey de la que fue satrapía persa en el mundo antiguo, convertida después de muchos siglos y avatares en “Domino” inglés.)

Por otra parte Hoare, hombre de dimensión temperamental muy inferior a la de Churchill, tenía ideas distintas, a mi juicio mejores que las de éste, en materia de política exterior, pues había postulado y realizado negociaciones para un entendimiento con las potencias mediterráneas: con Laval en Francia y en Italia con Mussolini, lo que pudo haber cambiado la situación del mundo. (España no habría podido quedar al margen.) Y en relación con la inminencia de una segunda guerra mundial, su postura en el Gobierno había sido de apaciguamiento y de moderación frente al radicalismo irreflexivo de los belicistas que al desencadenar los horrores del conflicto armado acabarían perdiendo el Imperio. (Una radio divulgaba la noticia de que Hoare hacía gestiones de paz en relación con el Duque de Windsor y también se dijo que para negociarla en Berlín sería el hombre indicado.)

Lo cierto fue que cuando Inglaterra, en medio de tanta ansiedad, estaba pendiente de la sustitución de Chamberlain, y se hacían conjeturas sobre quién sería nombrado Primer Ministro, se tuvo la impresión, o por lo menos circuló el rumor, sobre la posibilidad de que lo fuera Sir Samuel Hoare. Entre otras fuentes menos claras, debemos esta información al citado Cadogan, que fue cabeza del Foreign Office durante los años 1938 a 1946 y el más valioso colaborador de los Ministros Eden, Halifax y Bevin. En sus Diarios acusa la hostilidad, la preocupación y hasta el temor, que un posible nombramiento de Hoare causaba en los medios de donde iba a salir el nuevo gobierno de guerra; llegando a considerarlo como “traidor en potencia” –“dirty little dog”-, del que todos se han puesto de acuerdo –dice- para librarse de él.” Severas, apasionadas y, por ello, seguramente injustas, las palabras del Subsecretario permanente del Foreign Office; pero lo que sí parece cierto es que quisieron apartarle de toda posibilidad de intriga en el interior de su país, para lo que tenía capacidad y experiencia acreditadas, y que, como desquite, él trató de poner en valor entre nosotros, como Embajador “en Misión especial”

En España desertó de su acción diplomática para conspirar y agitar y, no obstante sus fracasos, al regresar a su país escribe un libro pretendiendo desconocer el éxito de nuestra política de “amistad-resistencia” con el III Reich –amistad que nos libró de ser invadidos; resistencia que sorteó la participación activa en la guerra-, y que poco menos atribuye a sus intrigas y manejos. Su necia presunción-escribe Jato- le hace atribuirse influencias que evidentemente jamás estuvieron al alcance de su mano.

Tal vez, por efecto de las circunstancias interiores antes expuestas, el hombre perdió todo equilibrio y sentido de la medida; y así cuando se refiere a los planes de Franco para recobrar nuestro Gibraltar le llama ladrón; a un hombre de la honestidad ejemplar de Dionisio Ridruejo lo acusa de estar “vendido a los germanos”; a un falangista con quien tuvo especial interés en comunicar y le invitó a visitar su país (porque deseaba –según decía- que nuestra juventud lo conociera mejor), luego le llama pistolero; y de los españoles en general dice que son “increíblemente irresponsables”, mostrándose casi anarquistas en la ferocidad de sus actos, y “salvajes”.

A mí me distingue con toda clase de palabras injuriosas; me acusa de ser el hombre de Hitler en España, cuando existe una prueba abrumadora, documental, irrefutable, de lo contrario: “los juicios italo-alemanes sobre Serrano Suñer -comenta David Jato- señalan con nítida claridad que su actuación había sido de la máxima eficacia al servicio de impedir la entrada de España en la guerra”.

(Durante mucho tiempo me dolió contemplar como mis compatriotas - voluntaria y conscientemente unos, por ignorancia o pereza mental los más- se manifestaban en este punto como él, cuando ya en el año 1946 –el mismo año que el libro de Hoare- circulaba por toda Europa otro del ilustre escritor francés Raymond Cartier -*Les Secrets de la Guerre dévoilés par Nuremberg*- en el que transcriben párrafos del Diario autógrafo del General Jodl, jefe de Operaciones del Cuartel General de Hitler, y también una conferencia suya a los “gauleiters” del Reich, y sus declaraciones ante el Tribunal de Nuremberg, acusándome de haber sido el principal obstáculo para que España entrara en el guerra al lado de Alemania.)

Para no alargar innecesariamente este prólogo prescindiré de relatar episodios como el de la encerrona que invitándome a una comida en su Embajada me preparaba, y que puso de relieve su indelicadeza, impropia de un diplomático.

Las dificultades, las adversidades políticas abatidas sobre Hoare enturbiaron su ánimo y le impidieron todo enjuiciamiento sereno, siendo incapaz de advertir que con nuestra política exterior –la que yo serví lealmente, a las órdenes de Franco- no tuvimos otro pensamiento ni objetivo que nuestro legítimo interés nacional. Pero él prefirió entregarse por entero a soñar truculencias como si padeciera manía persecutoria o, simplemente, tuviera miedo; pues por todas partes veía pistoleros imaginarios- al acecho contra su vida.

\*\*\*

Pero dejemos por el momento, aunque pronto reaparezca, a Sir Samuel Hoare, para entrar en un rápido examen del libro que prologamos, en el que encontrará el lector una información excelente, muy concreta, en parte poco conocida (por lo menos aquí), y un estudio prolijo de muchas de las incidencias que tuvieron lugar en la

superficie y, más aún, en los entresijos o fondos –diríamos subterráneos- de los años a que se refiere y especialmente a lo acontecido en España en relación con la Segunda Guerra Mundial.

Gibraltar era el punto decisivo en la estrategia del Mediterráneo, por lo que tiene el mayor interés la parte de este libro titulada “Operación Fénix”. La decidió en sentido negativo para los alemanes que pudieron haberla resuelto positivamente a su favor cerrando el Estrecho, pues si esto hubiera ocurrido según manifestaciones de Hitler que el libro recoge, los días de Suez hubieran estado contados cuando Rommel en Libia cercaba Tobruk.

Después de la aplastante, fulminante, derrota del Ejército Francés, el mundo entero pensó que la guerra estaba ya prácticamente ganada por Alemania, como tal vez hubiera ocurrido si los alemanes hubieran pasado por Gibraltar instalándose en el Norte de África. Franco y con él Vigón y la totalidad, o casi totalidad, de los generales españoles, tenían por aquellos días fe ciega en la victoria de la Wehrmacht y sentían impaciencia por ocupar el Peñón y extenderse en la zona francesa del protectorado en Marruecos. Por ello, como es lógico, estando en la creencia de una guerra corta, y en que sólo sería necesario un poco de esfuerzo con grandes compensaciones. España hubiera deseado participar en ella y esto determinó un primer viaje del General Vigón a Alemania donde fue desairado por Hitler, a quién en aquel momento España no interesaba porque estaba preparando la aceptación del armisticio pedido por Francia y le interesaba contar con la Escuadra francesa y con el valor estratégico de los territorios de Argelia y Marruecos.

En junio, el Ministro de Asuntos Exteriores (Beigbeder) expresa, en un escrito, que España se mostraba dispuesta a intervenir en el conflicto, pidiendo en compensación el Oranesado y el Marruecos francés. (Para Hitler, como manifestó a Mussolini en el Brenero, la entrada de España en la guerra no tendría más significación estratégica que en relación con Gibraltar, pues otra ayuda española la consideraba nula.) En aquellos momentos de euforia germanófila se pensaba que los alemanes realizarían la operación llamada “León Marino”, consistente en la invasión de las islas británicas, y al no poderse realizar esta, cambió el ritmo de la guerra, y Franco, aunque siguió creyendo fanáticamente en la victoria alemana, comprendió que la guerra sería larga y con ello empezó nuestra “política de amistad y resistencia” en la relación con los alemanes.

Y así comienzan las maquinaciones del embajador Sir Samuel Hoare en busca del éxito al que antes nos hemos referido, mirando a la política interior británica. Piensa que el Régimen español es absolutamente germanófilo, y “el general Vigón - escribe- es el propagandista más fanático de la causa alemana en el Gobierno. Es un hombre anciano que está completamente influido por el almirante Canaris, jefe del servicio secreto alemán.”

Pronto tendría oportunidad de acreditar su vanidad y su ofuscación y así, en septiembre, escribía con ufanía a Lord Halifax diciendo que había conquistado al

Ministro español de Asuntos Exteriores Juan Beigbeder. “Por razones –como se dijo entonces, escribe Jato- que nada tenían que ver con los sentimientos y las ideas si no por motivaciones económicas, Beigbeder se había convertido en un hombre de Inglaterra.”

Pues bien, antes de seguir escribiendo quisiera que el autor de este libro me permitiera detenerme en este punto para decir –sin poner en duda su buena fe, y con ánimo de colaborar en su trabajo-, que me considero obligado en conciencia, a manifestar que Beigbeder, capaz de cien locuras, era, en cambio, un hombre incapaz de dejarse sobornar económicamente; pues fueron otras las artes empleadas por el inglés para su conquista. Beigbeder era un ser extraño y sin estabilidad; espíritu de amplia cultura en determinados aspectos, era un personaje pintoresco que en ocasiones pretendía aclarar con citas y textos del Corán las dificultades políticas o burocráticas que se le presentaban. Al principio de la guerra civil fue un falangista entusiasta, Jefe Territorial de la Falange de Marruecos si mal no recuerdo, hacía siempre visible sobre el cuello de su uniforme militar el de la camisa azul; germanófilo exaltado –hombre de la ocupación de Tánger- mantenía estrecha amistad con los Von Stohrer, embajadores alemanes.

Yo le propuse para el cargo de ministro de Asuntos Exteriores por la impresión que me causaron, en un viaje que hice a Marruecos –año 1938- la soltura y el atractivo con que manejaba a la población marroquí, “Bajás”, “Caídas”, moros notables y al mismo Jalifa. No obstante, poco tiempo después, una vez en el Ministerio –quizá por la influencia del propio Hoare-, empezó a maniobrar contra mí. Recuerdo todo esto para decir que estoy, respecto a él, libre de todo prejuicio o parcialidad amistosa, al salir ahora al paso de aquel juicio sobre su persona. Versátil, políticamente un tanto loco, apenas instalado en Asuntos Exteriores comenzó a practicar con Franco unas maneras tan adulatorias que a mí me alarmaron, preocupado como siempre estuve por la peligrosa posibilidad de que se creara en torno a él tal ambiente. Diariamente escribía a Franco cartas llenas de efusión que empezaban con las expresiones de “Mi querido Caudillo” o “Mi amado Caudillo”. En cambio, en cuanto se produjo su cese como Ministro no se limitó a adoptar posturas de discrepancia o censura, que podían ser naturales, explicables y hasta convenientes, si no que fue el primer conspirador de verdad, con amplios contactos con el exterior. Hoy es ya públicamente sabido en virtud de la documentación publicada en Estados Unidos por la secretaría de estado, a la que también se referirá el autor de este libro.

Lanzado por la pendiente Beigbeder era capaz de las mayores imprudencias. En mis manos he tenido cartas autógrafas suyas dirigidas a una señorita en las que, dándole una serie de explicaciones sobre asuntos que no hacen al caso, concluía diciéndole que “todo se arreglaría pronto porque se acercaba el momento de derrocar al enano del Pardo”. Cometió (es cierto) las ligerezas e indiscreciones a las que Hoare con poca lealtad, se refiere en su libro, al poner en manos del Embajador inglés informaciones secretas; pero insisto en su incapacidad para actuar por motivaciones económicas y me consta que cuando cesó en el gobierno pidió trabajo -porque lo

necesitaba- en una empresa de la que era asesor jurídico un inteligente colaborador mío; trabajo que se le dio y por la que percibía una remuneración modesta. Y cuando falleció –sin un céntimo- fueron sus amigos quienes tuvieron que costear su entierro y los gastos de su última enfermedad.

Volviendo a su actuación política quiero recordar que, como consecuencia de la serie de ligerezas cometidas por Beigbeder, los alemanes comenzaron a considerar ambigua nuestra política con ellos, cosa que produjo a su vez gran preocupación en Franco y motivó mi viaje a Alemania en septiembre de 1940, viaje que calificué en mi libro *Entre Hendaya y Gibraltar* como “misión de exploración y tanteo”. Este fue, pues, el primer fracaso de Hoare, puesto que mi nombramiento para Asuntos Exteriores era la consecuencia de aquellos juegos Hoare-Beigbeder que hicieron posible el acceso a ese Ministerio de un germanófilo sincero, como yo era, pero a la vez –y sobretodo- de un español responsable que sirvió a una política de amistad, evitando la invasión alemana, porque esta política me permitía hacerme oír de los alemanes, aunque mi dialéctica no les gustara, cosa que no hubiera podido hacer un antigermanófilo o, simplemente, quien fuera dudoso en su amistad.

(Sobre todos estos puntos remito al lector al análisis que el autor hace de las cartas que, durante aquella misión, Franco me dirigió a Berlín a donde yo fui a “clarificar” la situación, y que publicó en mi último libro *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue.*)

Las personas interesadas por el conocimiento preciso de las maniobras, intrigas y proyectos anglonorteamericanos en España durante aquellos años, encontrarán en las páginas de este libro un arsenal de datos. Se recogen en ellas, la manera particularizada, la red inglesa de espionaje y agitación planeada por Hoare desde la Embajada, con una propaganda dirigida, más concretamente, a sacerdotes y religiosos, y de manera especial a los de Vascongadas y Navarra. Esta, Navarra, era “patria”-dice Hoare- de sus mejores amigos españoles. En Pamplona se alojaba en casa de las personalidades más influyentes entonces en el campo Carlista. Y celebraba con el obispo conversaciones, hablando largamente de la amenaza que suponía el nazismo para la cristiandad.

En este intento de Hoare de captar para su causa a los carlistas les recuerda como argumento “probritánico” que don Jaime de Borbón –el pretendiente carlista- había recomendado a sus partidarios, en la guerra de 1914 apoyar la causa de los aliados. Me resulta altamente simpática y típica la reacción de uno de aquellos bizarros carlistas convocados a una reunión por el secretario de la Embajada inglesa don Bernard Malley que le interrumpió diciéndole: -“mire, si usted me proporcionaría una entrevista con Churchill, iría a Londres a decirle que al día siguiente de entregarnos “la Roca”, podría contar con el Requeté.”

En relación con el citado Bernard Malley hace notar, con razón, el autor de este libro, que yo ignoraba la acción concreta que Hoare le había encomendado, y los contactos que para ello estaba realizando. Aunque, efectivamente, ello era así, yo

presumía que todo inglés residente en España sería entonces, por patriotismo, miembro del servicio de inteligencia británico. Pero con independencia de las circunstancias y conducta explicable en tiempo tan difícil añadiré que, por una vez coincido con palabras de Sir Samuel Hoare: “el amor de Malley por España, es solo comparable al conocimiento que posee de su vida, de su historia, y al afecto que profesa a sus numerosos amigos españoles.” Aquí Hoare dice la verdad.

Otros puntos interesantes del libro se refieren al intento de montar una organización británica clandestina con fines militares para preparar una invasión Hendaya-Irún que cerrara, o dificultara, la penetración de tropas alemanes hacia Gibraltar; el plan americano de atacar a Hitler a través de la península ibérica con la idea de que la invasión de la misma sería menos costosa en soldados y material, que cruzar el canal de la Mancha; los “cantos de sirena” de Churchill ante nuestra Embajada en Londres, y otras disparatadas ideas del coronel americano Donovan y de Hoare, incluidos los contactos con los generales republicanos en el exilio –Miaja y Asensio Torrado- para una acción militar en España.

No creo que exista ninguna publicación de esta índole, sobre temas tan complejos, incoercibles en ocasiones, a la que no sería bastante para desconocer la importancia y el valor, muy grandes del trabajo realizado por el autor de este libro.

**Ramón SERRANO SUÑER**

5 de agosto de 1977